

## **LA TEOLOGÍA EUCARÍSTICA DE DON LUIS DE GÓNGORA**

---

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Una y otra vez regresamos a la compleja personalidad del eximio y contravertido poeta cordobés, don Luis de Góngora, para reconocer en él a uno de los grandes referentes, casi mito, del barroco español, fieramente marcado por los contrastes, por la subversión de la belleza, por la búsqueda de un mundo interior tangencial al espíritu, un universo nuevo intelectivamente proclive a la evasión, a la creación, a la resurrección de la memoria vertida en sorprendente palabra.

En justo equilibrio a su arte sin medida, el cielo no lo dotó con la facultad de la presciencia que lo hubiera salvaguardado probablemente de pueriles errores; mas, aun conociendo bien el entramado consuetudinario, las fibras más entrañadas de una sociedad con patente de corso para autocensurarse, Góngora se mantuvo siempre en actitud expectante, receptivo a la vida, prudente en cuestiones de religión, y, gracias a su vivísima inteligencia como un funámbulo entre la discreción y la ironía; lo que, en ocasiones le procuró severísima intransigencia por parte de algunos de sus contemporáneos, con los que no dudó en debatirse y enconarse dialécticamente.

En singular balanza, Góngora se distingue por un acendrado respeto, como hemos comentado reiteradamente, por la institución eclesial y los dogmas de la religión católica. Él asumió en el arte y en la vida un compromiso personal en ajustado tándem con los específicos de su cargo de racionero y aunque, según confesión propia, no era un hombre avezado en materia teológica, tampoco descuidó este sentir encabalgado entre la humanidad y lo divino que borbolla incesante y sincero como un manantial de luz y sombra, a imagen de su esencia.

Si nos sumergimos en el conocimiento del pasado, descubriremos significados ocultos, noticias recamadas en los pergaminos de la historia que hoy subyacen dormidas, fluctuaciones semánticas que, de alguna manera, se acuerdan para desbrozar la pátina pulverulenta de la edad sobre la piel de la memoria. La civilización grecorromana identificó mitología y teología y, en ningún caso, sintieron pudor al llamar teólogos a los antiguos poetas, en el sentido de que éstos

interpretaban los mitos desde la coherencia, liberándolos de todo error o versión hiperbólica, ajustando las narraciones al código de la *polis*; las leyendas a los registros morales de la educación clásica.

Platón, en el espíritu de esta exégesis, pretende extraer la verdad que fluctúa imprecisa entre la necesidad filosófica de desvelar los profundos interrogantes del antes y después del hombre y el contexto semiótico que permite establecer relaciones de contigüedad entre los hechos, los signos y los símbolos. En absoluto pretende desvirtuar el interés o valor del mito, sino interpretarlo, ejerciendo en definitiva una función profética, reveladora, podríamos decir científica, en el sentido de acercamiento a las causas con rigor y carácter crítico.

En diverso sentido se expresa Aristóteles, aunque es mucho más draconiano en sus consideraciones. Reduce la teología al estudio de los primeros principios y causas, alcanzando la visión de un ser primero cuya existencia debe desgajarse de la mitología, materia reservada a los poetas, en su doble misión de ser creadores de mitos y *teólogos*, aquéllos que explican la vida de los dioses.

Es evidente que nuestra reflexión no pretende establecer relación alguna entre la concepción de los grecolatinos y la teoría teológica que Góngora conocía bien, a pesar de su elocuente humildad que le hacía ser cauto en sus interpretaciones para no incurrir en “ningún desliz teológico que, por muy bienintencionado que hubiese sido expuesto, no eximía al escritor del duro trabajo de ver su nombre entre los que aumentaban la larga nómina de los incluidos en los índices expurgatorios”. Lo que no excluye la evidencia del conocimiento de estos presupuestos filosóficos, tanto platónicos como aristotélicos, y el saber gnómico por necesidad o aprendizaje de todos los mitos creados y recreados por Hesiodoro y Homero, cuyo influjo aparece palmario en el universo poético de Góngora.

No hay más que penetrar en este universo para comprobar que la *ciencia de Dios*, en Góngora, adquiere, por una parte, el tono reflexivo de los escritores monásticos medievales inclinados a considerar la teología como una experiencia interior; y, por otra, el pragmatismo, más apologético que dogmático, de su difusión y predicación. En ambos casos se requiere la premisa hermenéutica de la palabra contenida en la Escritura, sobre la que Góngora se basa en muchos de sus textos sacros con pulcritud y prudencia, justificando su afirmación severa de que más quisiera “ser condenado por liviano que por hereje”. Este binomio en el sentimiento de Góngora, mezcla de introspección y apostolado, se patentiza sobre todo en el grupo de poemas dedicados a la exaltación del Santísimo Sacramento. La presencia y la necesidad de Dios brota instintivamente en un conjunto de ocho letrillas, fechadas en su totalidad en el año 1609, a las que se añade un romance sacro posterior del año 1622 que Camacho Padilla considera “de poca inspiración más bien que de falta de unción religiosa”, donde vuelve a la metáfora del grano de trigo pequeño pero capaz de saciar la avidez más famélica. En este romance se advierte el deseo de atraer, de transmitir a las gentes el mensaje de comunión del alimento eucarístico incomparable a cualquier otra experiencia por la revelación que late en la paradoja de la muerte que da vida:

“Quien pudiera dar un vuelo  
Por todo lo que el Sol mira,  
I solicitar las gentes  
A cena jamas oida:  
Cena grande, siempre cena  
A qualquier hora del día,  
Donde en poco pan se sirve  
Mucha muerte, o mucha vida”.

Aparece en este texto uno de los caracteres básicos del sacramento eucarístico que purifica el alma del hombre dejándola limpia; vistiéndola de nupciales ropas, como a una novia, blanca. Y por ello nos advierte que, con la misma pulcritud e inocencia, hemos de prepararnos para acercarnos a *tan singular comida*:

Mire pues como se sienta  
A mesa el hombre tan limpia,  
Que aun los spiritus puros  
Criaturas son indignas.  
Nupciales ropas el alma  
Blanca, digo, estola vista,  
Que a pesar del oro es  
La mas blanca la mas rica.

La tercera parte del romance hace alusión a la maravilla del misterio de la transustanciación del cuerpo de Cristo, el Verbo etemo, en pan redentor, en grano de trigo. Góngora extrema su interés en solicitar del hombre una respuesta agradecida porque Dios se ha sublimado para salvarnos de la muerte eterna del espíritu a la que estábamos condenados junto a nuestra naturaleza mortal en la que nos sumió el pecado de nuestros primeros padres. Este sacrificio divino exige de los hombres la gratitud más plena, la devoción y el respeto supremos:

Ô tres i quatro mil veces  
Magnificencia divina!  
El Verbo eterno hecho oi grano  
Para la humana hormiga.  
Quien pues oi no se desata  
En voces agradecidas.  
Alternen gracias los choros,  
I responda la capilla.  
Esta si es comida  
I tan singular,  
Que Dios nos convida  
A Dios en manjar.

El primer poema de la serie de letrillas apuesta por la universalidad del rito y su significación ecuménica que no distingue entre razas ni castas, color o clase.

Salpicante lirismo fluye en el diálogo de las *morenicas de congo* que no renuncian a engalanarse para vitorear y ensalzar el Corpus Christi:

Iuana.- Mañana sà Corpus Christa  
 Mana Crara  
 Alcholemo la cara  
 E lavemonò la vista.

Hemos de fijar nuestra atención en este último verso, para comprender su doble sentido: La expresión *Lavarse la vista* adquiere tonos sinestésicos que nos llevan a considerar el talante ético que Góngora pretende infundir al diálogo. No se trata solamente del mero ejercicio de higiene física que descama las perezosas redes de los ojos, el contexto coadyuva a la interpretación esclareciendo el sentido: El hombre debe purificarse espiritualmente, devolviendo a la mirada la pureza del origen, libre de máculas, dispuesta a contemplar la belleza anímica. Aparece además, envuelto en el aparato léxico, la salmodia rítmica, el donaire salpimentado de las dialogantes y la jerga afrohispana, un eficaz análisis, de carácter moral, que establece la igual condición del hombre ante Dios, el estado de justicia que Cristo exige en la comunión de todos los miembros.

Clara.- Ai IESU, como sà mu trista!  
 Iuana.- Que tiene? Pringa señora?  
 Clara.- Samo negra peccandora,  
 E branca la Sacramenta.  
 Iuana.- La alma sà como la denta,  
 Crara mana.

En esta dirección, no podemos dejar de observar el paralelismo existente entre este texto

Que aunque samo negra,  
 Sa hermosa tu

(Muy similar en contenido y estructura a esta otra letrilla sacra: Que negra sò, ma hermosa.) y el *Cantar de los cantares*, donde se hace exclamar a la Novia:

Negra soy, pero graciosa, hijas de Jerusalén,  
 como las tiendas de Quedar,  
 como los pabellones de Salmá.

Este mismo espíritu de universalidad, de absoluta aceptación de la persona humana (Que aunque negra, sa presona) se manifiesta también en otra de las letrillas sacras, en este caso puesta en boca de gitanos —obsérvese el ceceo— mostrándonos el carácter ecuménico de Góngora y su primordial preocupación por la idéntica dignidad de todos los hijos de Dios. El carácter festivo del poema, asimétrica pero esencialmente rítmico, muy cercano al tono del texto anterior, no obvia para

hacernos reflexionar sobre la necesaria transformación de nuestra conducta y actitudes si queremos ser alcanzados por el favor de la gracia:

Mudança hagamosde vida,  
Que ez la mudança mejor,  
Dina dana.  
Entre en mi alma el Zeñor.

Es muy descriptivo el verso Dale a tu alma una buelta en el contexto casi plástico del baile y de la música, urgiendo al *bolteador afamado*, mostrándole el bien que la regeneración espiritual puede producir en su vida:

Que zi contrita, i abzuelta  
Llega á comer ezte pan,  
No la taça le daràn  
Zino el caliz que oi ze gana.

Se trata del único texto de los analizados donde aparece la metáfora de la sangre vertida en el cáliz como vino de savia viva. El pan es el símbolo reiterado en todas las composiciones de esta serie. La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía da sentido al cristiano y todos los hombres y mujeres, como nos confirma una y otra vez Góngora, son merecedores de este don divino. San Juan, en su Evangelio, nos transmite las palabras de Cristo:

“Éste es el pan que baja del cielo,  
para que quien lo coma no muera.  
Yo soy el pan vivo, bajado del cielo.  
Si uno come de este pan, vivirá para siempre;  
y el pan que yo le voy a dar  
es mi carne por la vida del mundo”.

E insiste, ampliando el misterio del sacrificio y su complejo mensaje:

“En verdad, en verdad, os digo:  
si no coméis la carne del Hijo del hombre  
y no bebéis su sangre,  
no tenéis vida en vosotros.  
El que come mi carne y bebe mi sangre  
tiene la vida eterna,  
y yo lo resucitaré el último día.  
Porque mi carne es verdadero manjar  
y mi sangre verdadera bebida.  
El que come mi carne y bebe mi sangre  
permanece en mí  
y yo en él”.

Partiendo de este texto evangélico, Góngora va desgranando en sus letrillas sacras los signos relativos a la donación sacramental del cuerpo y la sangre de Cristo, alternando hechos vitales de su hagiografía con los símbolos que connotan y trascienden la realidad de su existencia, el ofrecimiento integral de Dios al hombre:

El Pan, que veis soberano  
Un solo es grano,  
Que en tierra virgen nacido,  
Suspendido  
En el madero  
Se dà entero  
A donde mas dividido  
Quanto el altar oi ofrece,  
Desde el uno al otro polo,  
Pan divino, un grano es solo,  
Lleguen tres o lleguen treze.  
Invisiblemente crece  
Su unidad, i de igual modo  
Se queda en si mismo todo,  
Que se da todo al Christiano.

La parábola de la semilla, humilde y pequeña, que crece y colma se convierte en connatural a la idea de Cristo en los versos del poeta. Materia de uso común para explicar el poder de la humildad, en Góngora cobra especial interés esta asociación de vida y muerte, venciendo el aciago pesimismo barroco que caracteriza a sus contemporáneos y restaurando de alguna manera la paradoja de la construcción en la destrucción.

En España la procesión del *Corpus* acaece en Barcelona en el año 1319. En este mismo siglo comienza a exponerse la sagrada forma en custodias y ostensorios. Góngora hace alusión a esta costumbre en una de sus letrillas dedicada a San José, pero claramente sacramental, donde incide de nuevo en el símbolo del pan, cuerpo de Cristo, ofrecido a todos los hombres. En el poema se vislumbran todas las metáforas expresadas en el texto anterior: Grano pequeño, uno más infinito. Nacido en tierra Virgen. Leño y piedra, cuna y sepulcro. En todas ellas se advierte el influjo mimético de la tradición evangélica y se relega a un segundo plano la instrospección anímica. El poeta elude expresar su sentimiento, se mantiene al margen, acude a los referentes hagiográficos o juega a componer danzas léxicas, equilibrios de palabras, ritmos exóticos. Si acaso alguna pincelada de color social, de celo apostólico, de ecuménica doctrina. Pero Góngora es un hombre creador de antítesis y, en el entramado de su pensamiento, experimenta esta intensidad de los contrastes, concitando en su obra y en su vida la frivolidad y el misticismo, alcanzando paradójicamente en ambos estados semejante fortuna. Camacho Padilla, ardiente estudioso de la poesía religiosa de Góngora, se atreve a confesar que, en los textos donde Góngora se deja el alma, podemos descubrir "la pura esencia mística de la unión del alma con Dios", de una forma tan patente

y “con tanta exactitud como en las obras de San Juan de la Cruz o Santa Teresa”:

1. QUE comes hombre? 2. Que como?  
Pan de angeles. 1. De quien?  
2. De angeles. 1. Sabe bien?  
2.- I como.

Realmente Góngora parece haber pronunciado en éxtasis estas palabras ascéticas, sin atreverse a insinuar todavía que haya perdido su humanidad “para elevarse a las altas regiones del alma”. No es menos cierto, sin embargo, que Góngora, movido por no sabemos qué pasión no humana, interiora el mensaje eucarístico con exquisita suerte, tocado por la gracia de los más intensos textos de nuestra lírica:

De'ste pues divino Pan  
Qualquier bocado suâve  
Encender los pechos sabe,  
Que mas elados estàn.

El símbolo de Cristo como alimento espiritual aparece con idéntico ardoroso fervor en otro hermosísimo texto aliado felizmente con la inocencia de los niños. El blanco maná, imagen de la hostia sacramental que el comulgante recibe por primera en sus labios, puede devolver al pecador el estado de pureza original perdido, si realmente ansía dejarse llevar hasta los límites del desvanecimiento, a la desconocida e irrefrenable fuerza del amor divino:

Ai Dios que comi  
Que me sabe á si?

Otro de los símbolos eucarísticos que aparecen reflejados en la poesía sacra de Góngora es el de Cristo, salvador del pueblo, inmolado *Cordero* y servido como alimento en el banquete pascual.

En el diálogo, más festivo que entrañadamente religioso, Góngora pone en la boca de los interlocutores, Gil y Bras, esta simbología misterica, centro de la liturgia cristiana, renovada místicamente. Obviando el significado purificador que el evangelista Juan infunde a las palabras del Bautista “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, más en relación con el texto ritual del *Levítico* o el *Cordero del Apocalipsis*, resucitado y glorioso señor de la humanidad entera, Góngora quiere mostrarnos, como en el caso del grano de trigo, el inmenso poder multiplicador de Cristo:

Que le comerà uno todo  
I no le acabaràn mil

Góngora aúna al símbolo del *Córdero* pascual el carácter hagiográfico de la traición de Judas:

Gil. A que nos convidas Bras?

Bras. A un Cordero que costò

Treinta dineros, no mas;

I luego se arrepintìò

Quien le vendiò.

Víctima expiatoria para el degüello, siguiendo a Isafas, y alimento infinito de vida, Góngora procura en todo momento infundir a su obra un cierto carácter original, limitado estrechamente por el dogma de la Iglesia, al que el poeta siempre se atuvo con envidiable discernimiento.

Probablemente sea el texto extraído del Evangelio de San Juan sobre el buen Pastor el que resume con más belleza y sincretismo la teoría eucarística de don Luis de Góngora. La paronomasia Pastor/Pasto dota de fuerza inusitada el sentimiento del poeta y permite entroncar con justeza y perfección las dos ideas básicas que se van alternando. El Pastor, defensor del rebaño con el sacrificio extremo de su vida, es además Pasto, alimento vivificador para el hombre, protección en el peligro, esperanza en la necesidad. Y ya no es posible entrega mayor, más infinita renuncia:

Oveja perdida, ven  
Sobre mis hombros, que oi  
No solo tu pastor soi  
Sino tu pasto tambien.

Por descubrirte mejor  
Quando balauas perdida  
Dexè en un Arbol la vida,  
Donde me subio el amor.  
Si prenda quieres maior,  
Mis obras oi te la den.

Oveja perdida, ven  
Sobre mis ombros, que oi  
No solo tu pastor soi  
sino tu pasto tambien

Pasto al fin oi tuio hecho  
Qual darà maior assombro  
O el traerte io en el hombro.  
O el traerme tu en el pecho?  
Prendas son de amor estrecho,  
Que aun los mas ciegos las ven

Oveja perdida, ven  
Sobre mis ombros, que oi  
No solo tu pastor soi  
Sino tu pasto tambien

Y después de estos versos, donde se condensa probablemente el verdadero significado del misterio eucarístico, sólo será posible escuchar el silencio que parece empapar de profunda emoción este ámbito sagrado que guarda la inspiración de un poeta irrepetible, la espiritualidad ardida de un hombre, de un apóstol, de un cristiano.

FUENTE: BYLAS, ALFONSO

En el libro "La Eucaristía de Góngora", el autor del libro nos ofrece una visión profunda y detallada de la espiritualidad de Góngora, especialmente en relación con la Eucaristía. El libro está dividido en tres partes: la primera trata sobre la Eucaristía como sacramento, la segunda sobre la Eucaristía como misterio, y la tercera sobre la Eucaristía como comunión.

El autor comienza por definir la Eucaristía como el "sacramento de la unidad", es decir, como el medio por el cual los cristianos se unen a Cristo y entre ellos mismos. Esta definición se basa en la teología de Góngora, quien ve en la Eucaristía el punto de encuentro entre lo humano y lo divino. A lo largo del libro, el autor analiza los poemas de Góngora que tratan sobre la Eucaristía, mostrando cómo el poeta utiliza la poesía para expresar su fe y su experiencia espiritual. El autor también discute la importancia de la Eucaristía en la vida de Góngora, señalando que para él la Eucaristía era el centro de su existencia. En la parte final del libro, el autor ofrece algunas reflexiones sobre la Eucaristía en la actualidad, sugiriendo que, aunque el mundo ha cambiado, la Eucaristía sigue siendo un elemento fundamental de la vida cristiana.

Este estudio es una obra de gran calidad, tanto en su contenido como en su forma. El autor ha realizado una investigación exhaustiva de los poemas de Góngora y ha logrado ofrecer una interpretación profunda y original de su espiritualidad eucarística. El libro es una lectura obligada para todos aquellos que se interesan por la poesía de Góngora y por la teología eucarística. Además, el libro es muy accesible, ya que el autor utiliza un lenguaje claro y sencillo para explicar conceptos teológicos complejos. En definitiva, "La Eucaristía de Góngora" es una obra que merece ser leída y estudiada.